

Jean Seberg: au revoir, tristesse

SU pequeño rostro de mujer ingenua fue fotografiado por Godard junto a un lienzo de Renoir. Fue la comparación apasionada de quien había descubierto el talento de una excelente actriz. Era el momento en que la nueva ola alcanzaba la máxima popularidad. El rostro de Jean Seberg permanecerá siempre unido al de ese movimiento gracias a una sola aparición: a las órdenes de Godard en "A bout de souffle".

Su rostro, sin embargo, no era nuevo. El público europeo lo había conocido en el personaje de adolescente atractiva de "Buenos días, tristeza", que Otto Preminger dirigiera en 1967. El título de la película inspiró a quienes promocionaron el nuevo rostro de Jean Seberg. Tras la desaparición del "star system", era difícil que el público lograra interesarse por nuevos

actores o actrices. Jean Seberg consiguió ser promocionada en los años que la popularidad estaba condenada al fracaso.

Lejos de su país natal, la norteamericana Seberg se instaló en Francia. Tras "A bout de souffle", rodó con François Moreuil, su primer marido; Jacques Becquer, Jean Valere..., hasta que fue reclamada por Robert Rossen para protagonizar una de sus obras maestras: "Lilith" (1964), película que la modalidad española de "arte y ensayo" programó en sus primeros tiempos. "Lilith", un film en blanco y negro sobre la generación perdida, no obtuvo el éxito que merecía. Junto a Warren Beatty y la espléndida Piper Laurie, Jean Seberg recibió la fama de una reconocida actriz que interpretaba películas "difíciles".

Sin embargo, cuando tuvi-

mos ocasión de conocerla en España, Jean Seberg no era la ingenua y dulce de sus películas anteriores. Vino a Madrid después de haber vuelto a actuar en Francia a las órdenes de, entre otros, Romain Gary, su segundo marido, y Claude Chabrol. En los Estados Unidos había obtenido un éxito espléndido con "La leyenda de la ciudad sin nombre", un musical de Joshua Logan. Pero, por no se sabía qué razón, Jean Seberg era una mujer desgraciada.

Cuando en el Festival de Cine de San Sebastián de 1970, su película "Ondata di calore" obtenía el máximo premio, su carrera estaba ya troncada. Hábía interpretado también muchas películas menores y no parecía excesivamente interesada en recuperar su primer trabajo. La musa de la "nouvelle vague" (su rostro, junto al de Anna Karina, son suficientes para

definir aquel movimiento cinematográfico) no estaba interesada en movimiento alguno que no contara con un inmediato calor humano. Jean Seberg era una mujer preocupada de su capacidad sentimental en muy primera instancia. Y, así, mantuvo alguna apasionada historia de amor a partir de aquel festival donostiarra. Crispada, en todo momento tensa, Jean Seberg conservaba, a pesar de todo, aquella dulce sonrisa con que se había hecho popular. Su rostro, sin embargo, dejaba ver fácilmente el peso de una vida insatisfecha.

Desapareció. Y ahora nos llega la noticia de su suicidio. Han pasado muchos años desde "Ondata di calore", pero es presumible que Jean Seberg no consiguió ese relajo mínimo que le hiciera vivir mejor. El suicidio parece el extremo de la cuerda que vimos en San Sebastián. Una pequeña frustración es inevitable ahora al recordarla.

Y no es necesario, naturalmente, hablar de lo fatuo de la "vida de las estrellas" o cosas similares. Jean Seberg no vivió el tiempo de las "estrellas" ni lo intentó nunca. Lo fue a su manera, pero en una época donde la estrella era la película. "Buenos días, tristeza", "Al final de la escapada" o "Lilith" justificaron su carrera. Eran películas que, de una u otra manera, iban a la contra del cine de estrellas, que negaban esos raros valores del cine anterior. Películas, por otra parte, tristes, como la sonrisa de la de Preminger, amarga como la de Rossen, llena de vitalidad como en el clásico de Godard. Tres adjetivos que podían cuadrar muy bien a la Jean Seberg española.

El suicidio es también una forma de vitalidad. ■ DIEGO GALAN



Jean Seberg, en un fotograma de "A bout de souffle", de Jean-Luc Godard.